

De la política

Ricardo Rosales Román

Creatividad teórica

Soy de la opinión que izquierda y derecha como categorías -y en términos generales- mantienen su vigencia. Sin embargo, en Guatemala tienden a olvidarse, ignorarse o a negarse a sí mismas.

Es un hecho que la izquierda en nuestro país tiende actualmente a negarse a sí misma. Inclusive hay quienes abjuran de ella y otros más que desdibujan sus planteamientos ideológicos y políticos y su práctica con el pretexto de "actualizarse" y "modernizarse".

La izquierda que se niega a sí misma es, en gran medida, responsable del anquilosamiento y anacronismo al que puede tender el pensamiento político, económico y social de nuestro tiempo. Esa responsabilidad recae también en quienes no interpretan con objetividad teórica y creatividad científica lo nuevo de nuestra época y la realidad nacional e internacional para transformarla revolucionariamente. Me refiero a quienes no se despojan de todo aquello que paraliza y torna obsoleta la teoría y la práctica políticas, así como también a los que persisten en su radicalismo a ultranza que es la forma dogmática por excelencia de pensar que es así como se "mantienen" los principios revolucionarios.

La práctica y la experiencia enseñan que los que abjuran de su condición de izquierda y quienes se autoubican dentro de las corrientes "modernizantes" y "actualizadas" del pensamiento, empiezan por acomodarse al sistema, luego permiten que los coopte y utilice, para, al final de cuentas, acabar a su servicio.

Por su parte, la derecha guatemalteca tal parece que ya no tiene existencia propia, razón de ser y que desapareció como por arte de magia. Sin embargo, los que en el pasado se caracterizaron por su conservadurismo y anacrónico modo de pensar y hacer política, tienen en sus herederos directos a quienes expresan, representan, sostienen y se apoyan en un sistema que es, en las actuales condiciones, la continuación de lo más conservador, atrasado y obsoleto del pensamiento político, económico y social, la manera de gobernar y detentar el poder a lo "moderno" tal como se ufanan.

Pese a lo que está ocurriendo aquí en Guatemala, en otros ámbitos -tanto en lo teórico como en la práctica- hay avances sustanciales y la práctica y la ideología revolucionarias se desarrollan y enriquecen desde las posiciones de la izquierda marxista. A este respecto me parece oportuno y además necesario traer a cuenta lo que en el trabajo *La política de alianzas de la izquierda marxista en el inicio del siglo XXI*, sostiene el miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba, José Ramón Balaguer Cabrera, sobre: 1) cómo caracterizar la situación y perspectivas del sistema capitalista de producción en el inicio del siglo XXI; y, 2) el punto clave para determinar el sujeto de las luchas y sus aliados potenciales.

El autor empieza señalando que tras el impacto político e ideológico que provocó la desaparición de la Unión Soviética y el campo socialista -lo cual dejó el terreno libre para la consolidación de la doctrina neoliberal y una serie de seudoteorías asociadas a ella-, dos mitos han jugado un papel determinante en la producción teórica y política sobre el capitalismo contemporáneo. El primer mito es que la globalización ha roto drásticamente el desarrollo histórico de la humanidad y, por lo tanto, no es posible comprender la sociedad moderna y menos transformarla. El segundo mito -a decir del político y teórico cubano- atribuye a la revolución científico técnica la capacidad de conjurar -o al menos posponer indefinidamente- el estallido de las irresolubles contradicciones en que está inmerso el sistema capitalista.

En opinión de Balaguer Cabrera, los mitos de la globalización y la revolución científico técnica son la base fundamental de diversas variantes del tercerismo que podemos ver en nuestros días. Ya no se trata, desde luego, de variantes de pensamiento que se ubiquen entre el capitalismo y el socialismo. Se trata de corrientes que, ubicadas abiertamente dentro del capitalismo, dicen ocupar un espacio "democrático" y "socialmente motivado" que los aleja del neoliberalismo más desarrollado pero también del Estado de Bienestar que funcionó en Europa Occidental tras la Segunda Guerra Mundial.

Para el compañero Balaguer Cabrera esa "ruptura histórica" y la capacidad de "autorenovación permanente" del sistema capitalista de producción, corresponde a: 1) "una estrategia orientada a limitar los efectos más desestabilizadores del proceso de concentración del poder político y económico, cuya esencia no se plantea alterar en absoluto"; 2) "una táctica basada en concesiones dirigidas a conseguir o mantener la tolerancia del capital para el ejercicio de la función de gobierno o la preservación de cuotas de representación institucional, desprovistas de la capacidad de ejercicio del poder político real en cuestiones medulares"; 3) "una definición no clasista del sujeto de las luchas que, a pesar del proceso sin precedentes de concentración de la riqueza, pasa por alto la ubicación de los seres humanos respecto a las relaciones de producción"; 4) "una definición imprecisa de los 'aliados', derivada, en primer término, de la falta de una concepción clasista de quiénes conforman el sujeto fundamental de las luchas"; y, 5) "el desempeño de un papel subordinado y secundario en la política de alianzas".

Para el teórico y político cubano el capitalismo se ha convertido en "un sistema senil, que se encuentra en estado de avanzada e irreversible descomposición. Pero a pesar de ello, añade, el imperialismo contemporáneo se caracteriza por haber alcanzado "un grado cualitativamente superior de concentración de la propiedad, la producción y el poder político, con otras palabras -dice-, por la escalada a un grado superior de concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político, cuyo núcleo lo constituyen los monopolios transnacionales". Este proceso -a partir de las características de la etapa histórica que a ellos les tocó vivir- fue analizado en su momento por Carlos Marx y Federico Engels. A partir de aquellos estudios clásicos, Balaguer Cabrera sostiene que "la globalización constituye la continuidad histórica de la tendencia a la universalización del capitalismo, iniciada con la formación del mercado mundial".

Es necesario, entonces, tener claro y no equivocarse en cuanto a que la supremacía de los monopolios transnacionales no se desarrolla bajo el signo de la expansión universal de la inversión productiva, el traspaso de los avances de la ciencia y la tecnología, el acceso a los mercados de los países desarrollados ni del derrame de la riqueza. Por el contrario, subraya Balaguer Cabrera y vale la pena citarlo textualmente, "en una economía mundial sobresaturada de mercancías, capitales y fuerza de trabajo, en el que rige la ley del más fuerte, las empresas monopolistas transnacionales utilizan, con una intensidad sin precedentes, todo su poderío económico y su control sobre las innovaciones científico técnicas, junto con el poder político y militar de los Estados imperialistas de sus naciones de origen, para penetrar en las áreas de mayor desarrollo relativo del llamado Tercer Mundo, con el propósito de absorber o destruir los capitales locales, cuyos mercados necesitan captar para garantizar su propia subsistencia".

A la anterior afirmación el autor agrega que "el imperio de los monopolios transnacionales entroniza en el mundo subdesarrollado un círculo vicioso de apertura irrestricta a la importación de mercancías y capitales, quiebra de la industria nacional, dolarización o sobrevaluación monetaria -que garantiza máxima utilidad en la remesa al exterior de las ganancias-, aumento del desempleo y la informalización del trabajo, descenso del nivel de vida de la población y, por consiguiente, reducción de la capacidad de solvencia del mercado nacional del que se han apropiado".

Para Balaguer Cabrera es notorio que la fábula del "efecto derrame" (según el cual el mundo entero alcanzaría los niveles de los países más desarrollados) duró muy poco. Sostiene, además, que "el programa de apertura y desregulación unilateral impuesto por el neoliberalismo no es una ventana al 'Primer Mundo', sino una puerta abierta de par en par hacia la crisis política, económica y social".

Se trata, entonces, de darle soluciones a los retos que plantea la realidad actual. Estas soluciones adecuadas, por cierto, tienen que estar en consonancia y deben corresponder - como muy bien lo sostiene el autor del trabajo ya citado- a "las condiciones imperantes en cada continente, región y nación". Son estas condiciones, a su vez, las que determinan el contenido, alcances y perspectivas de las soluciones y permiten, igualmente, definir con objetividad y realismo el objetivo estratégico de la lucha política, social y popular en nuestra época en lo nacional, regional, continental y a nivel mundial.

Práctica revolucionaria

En política, teoría y práctica se entrelazan en su continuidad y se interrelacionan. La práctica depende de la teoría y la práctica -en la medida que se sistematiza y elabora- desarrolla y enriquece la teoría. Al menos es así como visualizo esta importantísima cuestión del quehacer político revolucionario. En el momento en que la teoría se separa de la práctica y, a la inversa, se está ante el riesgo de convertirse en teórico de gabinete o activista sin ningún sustento conceptual. El activista político no tiene porqué ser un contestatario sin basamento teórico. El contestatario más vulnerable es el que se opone a todo por oponerse y no propone nada o lo que propone se le ocurre sobre la marcha.

Ideológica, política y organizativamente se contribuye a que la teoría y la práctica marchen al unísono y se complementen recíprocamente cuando se cuenta con: a) una fuerza organizada y unida, capaz de constituirse en alternativa al poder dominante; b) que la organización cuente con una caracterización permanentemente actualizada y colectivamente elaborada de la realidad nacional, sus componentes y elementos esenciales, estructura económica y social e instituciones, y los rasgos más característicos de la situación internacional; y, c) que esa fuerza organizada y unida disponga de una estrategia con objetivos definidos, tácticas, vía y formas de lucha y organización a seguir y -además- una dirección política única.

En el último tiempo en Guatemala tiende a predominar una corriente de pensamiento y de práctica política en la que lo principal es el análisis coyuntural y la acción basada en el pragmatismo. Desde mi punto de vista esto desvirtúa y desnaturaliza el quehacer político de cualquier fuerza, movimiento u organización partidaria. El sistema de partidos y organizaciones no está en crisis solamente por el sistema en sí, sino porque los partidos y organizaciones políticas se constituyen casi exclusivamente para participar en votaciones que no son, por cierto, la expresión mejor del ejercicio de la democracia.

Centro la atención en los análisis de coyuntura y el pragmatismo en la acción por la connotación que para algunos políticos, analistas y expertos tiene lo uno y lo otro. Para ellos lo coyuntural es todo lo contrario al "conjunto de elementos que constituyen la situación presente o el pronóstico sobre la evolución de los acontecimientos económicos, sociales, políticos o demográficos" (Pequeño Larousse Ilustrado). Para los coyunturalistas no cuentan antecedentes ni perspectivas. Para el pragmático, el criterio de verdad de cualquier doctrina se funda en sus efectos prácticos y entre éstos el que predomina es aquél a cuyo centro se pone el saberse aprovechar de todo.

De lo anterior se infiere que no hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria y que la práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria desemboca en voluntarismo y dispersión

organizativa, ideológica y política. El pragmatismo es una suerte de oportunismo político y una y misma forma de justificar procederes reprobables, la abjuración de la ideología que se haya sustentado, su olvido o abandono, la inserción y acomodamiento al sistema para acabar siendo utilizado y a su servicio. En cuestiones como ésta no se necesita ser maoísta para coincidir con el presidente Mao quien sostenía que el peor enemigo de la revolución es el burgués que muchos revolucionarios llevan adentro.

En lo de las alianzas es donde el desarrollo y enriquecimiento de la teoría requiere de mayor creatividad y agudeza, primero, para que correspondan a la realidad; segundo, poderlas articular; y, tercero, concretarlas en la práctica. Para ello no solamente es necesario reencontrarse con los clásicos del marxismo sino tener también en cuenta la realidad de nuestra época en lo nacional e internacional. Es por ello que resulta útil seguir analizando el pensamiento de José Ramón Balaguer Cabrera contenido en su trabajo La política de alianzas de la izquierda marxista en el inicio del siglo XXI. En este documento, el político cubano sostiene que "la lucha de clases y la política de alianzas han sido objetos fundamentales del estudio teórico y la práctica política marxista desde los trabajos iniciales de los clásicos".

A partir de allí Balaguer cita el Manifiesto del Partido Comunista y, a través de Marx y Engels, recuerda y tiene en cuenta que "de todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria". Esto, dice el revolucionario cubano, en ningún caso, quiere decir ni significa que "en cualesquiera circunstancias históricas el proletariado esté necesariamente llamado a ejercer ese rol, o que ese carácter le esté reservado de manera exclusiva". Lo que no hay que perder de vista es que independientemente de los cambios ocurridos durante el último siglo y medio -destaca-, la contradicción entre burgueses y proletarios sigue siendo la contradicción antagónica fundamental en el capitalismo.

En cuanto al papel del proletariado en la actual fase de desarrollo histórico de la lucha de clases, hay que tener presente -como lo dice el dirigente cubano- que el papel de la clase obrera sigue siendo determinante en la lucha de clases, en tanto es la clase "productora de la casi totalidad de la masa de riqueza social sobre la que se asienta, no solamente el desarrollo, sino la subsistencia misma de la humanidad". Por ello, para Balaguer Cabrera más que entrar en detalles sobre cuál era la composición socio clasista en la Europa de Marx y Engels, hoy debe interesarnos aprovechar su método de análisis para creativamente aplicarlo a la realidad actual.

En nuestra época se está ante un proceso de universalización de las relaciones capitalistas de producción, universalización que es resultado, a su vez, de la ley del desarrollo económico y político desigual, formulado por Lenin. La producción material y espiritual del capitalismo abarca un horizonte que va más allá de lo europeo, lo "occidental", lo cristiano, lo blanco, lo burgués. Se trata de un horizonte que, además, está regido por los parámetros de la democracia liberal burguesa, como bien lo caracteriza el autor en su trabajo ya citado.

Ese espacio transnacional único de rotación del capital -añade atinadamente Balaguer- incorpora al proceso de producción material y espiritual de la sociedad burguesa a naciones con diversos grados de subdesarrollo político, económico y social, con religiones no cristianas, poblaciones de lo más diversas y prácticas ancestrales de discriminación. "Esto implica -señala el autor- que una amplia y diversa gama de contradicciones y sujetos socio clasistas pasan a ocupar lugares centrales en la lucha contra el capital" lo cual permite definir la composición del bloque fundamental de las luchas populares, identificar a los aliados potenciales y definir las bases sobre las que es posible establecer las alianzas, tanto a escala universal como a partir de las circunstancias particulares y singulares en que cada partido o movimiento político marxista desarrolla sus luchas.

Como bien sostiene Balaguer, los cambios al interior del capitalismo contemporáneo así como traen consigo cambios en la composición socio clasista -cuyo bloque popular tiende a la fragmentación de los sectores que lo conforman-, igualmente "fragmenta y polariza, quizás en mayor medida, a la propia burguesía" en tanto que "la forma fundamental de reproducción del capital es la expropiación de unos capitalistas por otros".

De ello se deriva otro elemento fundamental al que Balaguer hace referencia y que tiene que ver con el hecho de que la tendencia a la concentración y universalización del capital trae consigo, a la vez, que los "estamentos medios" de la "sociedad global" ya no sean "sólo la pequeña y mediana industria tradicional, sino también empresas que son consideradas grandes para los estándares del llamado Tercer Mundo, pero sin comparación alguna con el poder de las grandes transnacionales". No hay que olvidar que esos "estamentos medios" en la época de Marx y Engels "caen gradualmente en las filas del proletariado" sea porque "sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los más fuertes" o bien "porque su habilidad profesional se ve depreciada ante los nuevos métodos de producción".

El quid de la cuestión -como acertadamente lo dice Balaguer- está en "rescatar la esencia del análisis marxista para evaluar cuándo los "estamentos medios del capitalismo contemporáneo pretenden 'volver atrás la rueda de la historia' y cuándo se convierten en aliados potenciales del bloque popular". Sobre esto -subraya- no hay una respuesta única y definitiva. "Esa lectura política -dice- es necesario replantearla, una y otra vez, en cada coyuntura y en cada lugar". Entiendo que para Balaguer Cabrera la coyuntura a la que se refiere es en el mejor sentido del término.

Es entonces en la política de alianzas -al igual que en otras importantes cuestiones de la teoría y la práctica revolucionarias- que se encuentra el sentido, vigencia y actualidad del análisis marxista. Es en esto donde se pone de manifiesto y se expresa la visión contraria a toda suerte de dogmatismo. Su riqueza y universalidad está en que es fuente para la creatividad y permanente actualización teórica y una práctica política en constante desarrollo, avance y enriquecimiento. En tanto metodología, constituye una herramienta valiosa para interpretar científicamente la realidad concreta y específica de cada país, región, continente y universal para revolucionariamente transformarlas.

Guatemala, enero de 2004